
Ortega, *Inédito**

Javier San Martín

Desde que empezó la aventura de la edición de estas nuevas *Obras completas* de Ortega y Gasset, venimos gozando con una exquisita puntualidad de la aparición de sus sucesivos y elegantes tomos. Pero no dejaba de asaltarnos cierta curiosidad sobre qué pasaría cuando se llegara a la serie anunciada como de los póstumos e inéditos. Hace ya unos cuantos meses que salió el tomo VI, último con obra orteguiana publicada en vida, con lo que concluyó con éxito la edición de la primera serie. Lo principal de esos tomos es que incorporan textos publicados pero imposibles de encontrar, además de incorporar, en un trabajo prácticamente crítico, las variantes de las diversas ediciones. La segunda serie, la que va de los tomos VII al X, estará dedicada a los inéditos que quedan, así como a los numerosísimos textos póstumos, es decir, a todos aquellos que han ido siendo publicados por primera vez después de 1955. El indudable interés de, por fin, tener todos estos textos reunidos en unas *Obras completas*, no podía menos de suscitar, entre los lectores asiduos de Ortega y los expertos en el pensamiento del filósofo español, una cierta curiosidad, esperanza e ilusión.

Hasta ahora muchos de esos textos se hallaban dispersos en varios libros diferentes; a veces, ni siquiera sabíamos dónde estaban publicados. Por eso, si la edición de los primeros seis tomos, los que reúnen toda la obra publicada en vida de Ortega, ha resultado un éxito rotundo, no es comparable el servicio de esa primera serie con el llamado a representar esta segunda, la de los tomos VII al X, dedicada a los textos póstumos, recogidos o no en las anteriores ediciones de *Obras completas*, y sobre todo a los inéditos.

* José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas. Tomo VII (1902-1925). Obra póstuma*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Taurus, 2007, 966 páginas.

Y antes de seguir quiero mencionar la profunda satisfacción que me produce ver el comienzo de esta serie, con el tomo VII. Cuando se empieza una edición como ésta de unas *Obras completas*, no se sabe realmente si habrá impulso para llevar a término el proyecto. Pero la cadencia con la que el equipo encargado de la preparación de los textos los ha dado a las prensas, sólo nos puede provocar inmensa complacencia.

Como ya he referido, el contenido de esta segunda serie, de los tomos VII a X, son los póstumos e inéditos. Pero entre los póstumos los hay de diversa naturaleza, mientras unos son relativamente conocidos, otros estaban enterrados en libros de difícil acceso, con lo que su reunión en unas *Obras completas* sólo merece máximo reconocimiento. Pero dicho todo esto centrémonos ya en este tomo, que lleva en sí la novedad de inaugurar esta serie. Y ante este tomo, primero de los cuatro, la pregunta más frecuente va a ser en adelante la de si hay novedades. Cuando hemos hablado de la inminencia de esta publicación, ha saltado esa pregunta con cierta nota de curioso interés. Este pequeño ensayo no pretende llevar a cabo un estudio profundo de lo que el tomo VII aporta sino ofrecer una rápida presentación de lo que el lector puede encontrar en él.

Empecemos con un dato significativo, nada baladí. En el tomo VII más del 40% de su material es rigurosamente inédito. De las más de 750 páginas de texto orteguiano que se publican en este tomo, más de 300 son inéditas, se trata de 49 textos, unos pequeños, otros más largos, pero todos sin duda catalogables entre interesantes y muy interesantes. A poco me centraré en la naturaleza de estos textos. Del otro algo menos del 60%, casi el 34%, unas 250 páginas, comprende textos póstumos no recogidos en las *Obras completas* anteriores, circunstancia que nos obligaba, para su lectura o consulta, a disponer de un buen número de libros, en caso de saber que estaban publicados en ellos. El resto, es decir, un 24%, algo más de 180 páginas recuperan textos publicados en los tomos IX, X y XII de las *Obras completas* de Revista de Occidente y Alianza Editorial. Evidentemente, de las tres partes en que he dividido el tomo VII, este grupo de textos, siendo como es obligatoria su inclusión en las nuevas *Obras completas*, es obviamente el menos esperado. Como son conocidos, sólo les dedicaré unas líneas.

Se trata de ocho textos en total, en cuya publicación se sigue, como en toda la edición, un riguroso orden cronológico. Entre estos textos hay dos muy largos, uno, el principal, *Sistema de la Psicología*, lo que Paulino Garagorri publicó con el título *Investigaciones psicológicas*, recogido luego en el tomo XII de la citada edición. El resto de los textos de esas *Obras completas* son, del tomo X, las interesantes conferencias de 1909 en las sedes del Ateneo de Madrid y del Partido Socialista, de aquélla sólo la segunda parte, porque la primera ya había salido en el primer tomo de estas nuevas *Obras completas*; luego, el “[Para

un diccionario filosófico]”, publicado también por Garagorri en el mismo tomo que las *Investigaciones psicológicas* e igualmente recogido en el mismo tomo XII. También se reedita el texto de la “Liga de Educación Política Española” (1913), las “[Anotaciones sobre la guerra en forma de diario]” (1914), y el escrito con motivo de la destitución de Unamuno del Rectorado de la Universidad de Salamanca, su “En defensa de Unamuno”, todos ellos textos aparecidos en el tomo X, de las *Obras completas* viejas, el primero de la recopilación de escritos políticos.

Los textos póstumos pero no recogidos hasta ahora en las esas *Obras completas* constituyen, como he dicho, un buen volumen de la publicación. Nos hace el gran favor de reunirnos en un solo tomo los veintinueve textos de esta naturaleza dispersos hasta ahora en trece libros distintos. A este respecto se ve el inmenso acierto y necesidad perentoria de esta publicación. Retrospectivamente a nadie podemos culpar de la gestión de la obra inédita de Ortega, porque esa gestión no es sino un síntoma de la gestión de la cultura en nuestro país durante la Dictadura y, en ese sentido, por acción u omisión, todos somos responsables. Lo que acabo de decir, que esos veintinueve textos estaban repartidos en trece libros, indica antes que otra cosa el carácter perentorio y acertado de la decisión que la Fundación tomó de publicar esta edición y además de este modo.

Entre los libros que incluyen inéditos de Ortega hay hasta un homenaje al catedrático de ética de la Complutense, el dominico Todolí, profesor situado, sospecho, en las antípodas de lo que representó Ortega, además, libro prácticamente, como todos estos homenajes, imposible de encontrar. Varios proceden del libro *Cartas de un joven español*, que tanto nos ayudó a entender a Ortega. Otros proceden de la edición de *Misión de la Universidad*, en la colección de bolsillo, colección a la que tantas veces hemos tenido que acudir. Algunos también de la edición de José Luis Molinuevo *El sentimiento estético de la vida*, y uno, bien interesante, del libro de Teresa López de la Vieja, *Política de la vitalidad*. Hasta una revista argentina, *Atlántida*, publicó en 1961 el texto “[Sobre el buen dolor]”, que evidentemente ha permanecido en la práctica desconocido. Como esta edición alcanza hasta el año 1925, van comprendidas en ella las lecciones orteguianas de Buenos Aires de 1916, que editara José Luis Molinuevo en 1996. Creo que con estos datos se puede colegir el servicio que esta edición está llamada a prestar al estudio riguroso del pensamiento de Ortega.

Y con esto paso ya a lo que más puede interesar al lector, a comentar, aunque sea brevemente, los inéditos de este tomo VII, exactamente ese 41% de material inédito que se incluye en el volumen. En él conviene hacer una distinción entre los pequeños textos, de una a seis páginas, que son textos de

viajes, comentarios circunstanciales que por las razones que sean Ortega no se decidió a publicar, como el dedicado a Azorín, sobre su *Tratado de pequeña filosofía*, con el título de “Azorín o la filosofía del estornudo”, o, entre los textos políticos, las “[Notas para dos reuniones de la Liga de Educación Política Española]”, en el que aparece con toda nitidez la noción de generación como concepto histórico –“Dime de qué generación eres y te diré lo que llevas en el vértice del corazón” (p. 334)– como el “círculo de sensibilidad” que “determina más apretadamente la contextura individual” (*ibídem*). O el bello pero amargo texto “Elecciones: reparos que hace un español sin acta”, de 1916, y que debe ser leído como lo oculto tras la confesión orteguiana de “Verdad y perspectiva” de *El Espectador*; u otros textos políticos, en los que se pueden encontrar, además de la siempre hermosa prosa orteguiana, magníficas descripciones. Entre estos quiero destacar el texto “El humilde liberalismo”, que, siendo de carácter político, destila alta filosofía sobre la tolerancia, de la que nos dice que “no es una idea política sino una virtud estrictamente individual” (VII, 183), porque “las ideas son intolerantes por definición”, ya que “las ideas divergentes se excluyen de todo en todo” (*ibídem*). En varios textos nos encontramos penetrantes descripciones y definiciones sobre la filosofía. En el mismo texto citado se señala la melancolía como la cualidad del filósofo, cultivador de la filosofía, que, de acuerdo a otro texto maravilloso y del que citaré otra frase llamativa, “nace del respeto y enseña el respeto: la filosofía es la ciencia general del respeto”. Si ahora tomamos el texto “Divagación sobre *El Barbero de Sevilla*”, sobre la conocida ópera de Rosini (plausiblemente fechado, en esta edición, en 1904, que a mí se me antoja excesivamente pronto, hay que tener en cuenta que el comentario sobre Gavarni sale también en *Meditaciones del Quijote*), donde se exalta la necesidad de romper la seriedad de la vida, la necesidad de ser irrespetuoso, como la sal de la vida: “¡Cuán pocas cosas agradables se pueden hacer que no sean pecado!” (p. 12), hilo conductor muy interesante y de largo alcance en Ortega: la vida, “vivir la vida” exige superar la seriedad, no vivir sólo de la necesidad, sino también salirse de ella porque la realidad embrutece, de ahí la frescura de *El Barbero de Sevilla*, que exaltando la irrespetuosidad se convierte en una “ética del regocijo” (p. 13). La vida es necesidad y exhuberancia, deportividad, vida superflua y esfuerzo deportivo, nos dirá más adelante; y frente a esa vida, a ese doble carácter de la vida, está la filosofía (que como muy bien nos dirá en *¿Qué es filosofía?* no es vivir sino des-vivir) como ciencia del respeto, porque la admiración, por la que empieza la filosofía, si es ante las cosas humanas es respeto: “El respeto, señoritas, es la emoción filosófica” (p. 139).

Otra línea de trabajo que es fácil seguir da contenido a un tema que aparecerá anunciado, aunque no desarrollado, en *Meditaciones del Quijote*, el tema de

los límites. La conciencia de los límites aparece en “[Algunos reparos a Jacinto Benavente]”, hasta asegurar que “La sabiduría... es un honesto replegarse sobre la nativa limitación” (p. 143), esto es el “tacto mental”, similar al tacto físico que nos da los límites de nuestro cuerpo. Por eso, la filosofía empieza con la duda, de la que nos ha dicho en el texto anterior que es “la doncella de la admiración” (p. 138), porque la duda se nos da cuando “tenemos delante algo que no sabemos si es esto o lo otro” (*ibídem*), y eso supone el reconocimiento de los límites, por tanto, el comienzo de la sabiduría está en saber que no se sabe. La “Lección del quince de diciembre” de 1909, tenida en la Escuela de Magisterio por el flamante nuevo catedrático de la misma, es un texto que deberá ser leído y releído, en el que termina el Ortega de 26 años, la edad en la que, según él, fraguan las matrices de las ideas que nutrirán toda la vida, advirtiendo que “el feminismo es una cuestión moral: el ser humano lo es sólo en tanto participa activamente en la cultura. Hombre = ser capaz de ciencia, etcétera. Es inmoral mantener a las mujeres en esa situación infrahumana, como meros aparatos de maternidad” (pp. 141 y ss.). Para ver el alcance de esto, debemos tener en cuenta otro texto un poco posterior, en el que distingue el concepto de hombre y varón, pues éste puede actuar como varón o como hombre, se entiende que en este caso como ser humano que abarca también a las mujeres. Lo inmoral para Ortega es que “los hombres no las pongan [a las mujeres] en condiciones espirituales” (*ibídem*), es decir, para que puedan contribuir a la cultura. Cuando los hombres actúan de ese modo, es obvio que están actuando como varones. No es esto más que una mínima selección de algunos de los temas que se pueden encontrar en estos maravillosos treinta y ocho pequeños textos de este tomo.

En cuanto a los textos mayores, los diez que alcanzan ocho o más páginas suponen doscientas del total del libro, por tanto, dos tercios de los inéditos. El primero “[El problema del conocimiento]”, que la edición fecha entre 1905 y 1906, lo veo más bien como un resumen de los trabajos del semestre de 1906, pues cita a Husserl (nota 6, p. 58), y difícilmente podría tener noticias de Husserl en Leipzig, donde estaba esencialmente aprendiendo alemán y, en esas condiciones, uno no se pone a leer las *Investigaciones lógicas*. Lo normal es que este texto sea el resumen de sus estudios en el Semestre de Invierno ya en Berlín, por tanto de 1906. Al principio del texto sale como tarea del comienzo cartesiano de la filosofía “fijar los límites de nuestro espíritu” (p. 55), y subraya la palabra límites, con lo que nos da una pista sobre el lugar del tema que ya he citado. El texto se centra en la filosofía griega, pero se nota continua presencia de Kant, lo que es típico de sus estudios de Berlín.

El siguiente texto largo, “*Stumpfheit*”, de 1909, es una especie de diario en el que se reúnen un total de setenta anotaciones de diversa extensión e interés.

Ya sólo el estudio detenido de este texto merecerá toda una investigación. Voy a citar algunas que a mí más me han impresionado, la 4, en la que se dice que “el parto de Europa –la razón– costó la vida a Grecia como nación” (p. 155), con lo que abre el tema de la relación entre lo particular y lo general o universal, porque “Cultura y política nacional no pueden, tal vez, vivir a la par” (anotación 10). La anotación 24 es la que distingue las tareas de hombres de la de varones; a las primeras pertenecen los “negocios universales y serios”. Debe unirse esto con lo que hemos dicho antes, de la “Lección del quince de diciembre”, pues la mujer también deberá actuar como hombre, en el sentido de ser humano. Y ya sólo quiero citar la 57, dos frases sobre la universidad, que si es “para ciencia y crear sabios”, hay que hacer otras instituciones “para hacer hombres” (p. 170).

El último texto largo de esta época antes de volver a Alemania en 1911, donde según pensábamos se iniciaba la crítica al neokantismo, con el consiguiente giro a la fenomenología, es el titulado “[El hecho de que existan cosas...]”. Este texto es considerado como la memoria para la cátedra de Metafísica, basándose, como se dice en las “Notas a la edición” (p. 869), en que en la página 205 se habla de “como he dicho al principio de esta memoria”; si a esto añadimos que antes se habla de “cuando en día próximo tenga ocasión de hacer la psicología de la conciencia mítica” (nota, p. 195), parece como que se refiere al siguiente ejercicio de la oposición. Además, el mismo tema, el hecho de que haya cosas, como tema profundamente metafísico, avalaría esa adscripción. Que el texto no es de 1911, se ve en la nota 3 de la página 196, que hace una cita sin poder verificarla, porque la edición no está, lo que es impensable en la Universidad de Marburgo donde pasó el año 1911. El hecho mismo de que cite un par de veces la *Metafísica* de F. de Castro, se debe referir a Federico de Castro, que había sido catedrático krausista de Sevilla, indica que quiere mostrar su conocimiento de la literatura de casa al respecto. El texto, en el que se cita un par de veces a Husserl, indicando así su familiaridad con las *Investigaciones lógicas*, es un profundo análisis de la conciencia según Kant, autor que “vuelve a colocar la filosofía a la altura que alcanzó principalmente en Platón” (p. 199), para resolver el problema de la realidad, porque la conciencia es la condición de lo real. Pero su fino análisis de Kant le lleva a decir algo que nos sonará a muy conocido en Ortega, “que conciencia, en sentido estricto, la conciencia es un concepto científico, una hipótesis, bien que la fundamental, pensada para los objetos de que en caótica ingenuidad me voy dando cuenta” (p. 198), tesis que reaparecerá, con otro sentido, a partir del año 1929 y, literalmente, en el “Prólogo para alemanes”.

Los dos textos largos siguientes proceden de 1912, un año especial, en el que Ortega estaba estudiando en serio fenomenología y escribiendo su ajuste

con Baroja. Los dos textos son, uno, “La «idea» de Platón”, una conferencia en el Ateneo, de once páginas, y el otro, mucho más largo, “Tendencias actuales de la filosofía”, que abarca nada menos que treinta y siete páginas y, posiblemente, el más importante de los publicados, porque los otros, el sexto largo “Lógica de las ciencias históricas” sólo tiene ocho páginas, aunque muy jugosas; el séptimo, “Política de la hora presente”, también de ocho páginas, es una conferencia en La Coruña el año 1917, año de las turbulencias de las Juntas militares, que le llevo a escribir “Del momento político. Bajo el arco en ruina”, que habrá que completar con este texto. Y los otros tres, al margen de su indudable valor, se trata de textos que han tenido ya una versión escrita, convirtiéndolos en tema de los expertos para ver los cambios que Ortega introduce, en los cuales, a veces se puede atisbar toda una biografía, pero que trasciende los límites de una presentación. En efecto, el texto octavo de los largos es el discurso para la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, que Ortega reelaboró como “Introducción a una estimativa”. Sobre este texto quiero llamar la atención sobre la nota de la página 716, en la que se llega a decir que “De los estudios clásicos sobre esta cuestión publicados por Husserl en sus *Logische Untersuchungen* (1901) puede decirse que ha partido toda la reforma actual de la filosofía”; esta nota no aparece en la reelaboración mencionada. El discurso para la Real Academia tendrá la ventaja de ver cómo fragua el pensamiento de Ortega en una cuestión sumamente importante de su filosofía.

Viene luego uno de los textos que más exégesis demandará: las lecciones del curso 1921-1922, que darían lugar a *El tema de nuestro tiempo*. De él sólo quiero en este momento mencionar que es la exposición del problema del conocimiento desde la perspectiva realista o positivista, y la idealista, que Ortega la ejemplifica en Rickert. Después de este curso viene la síntesis, que será la filosofía de la vida en la cual el mismo régimen tienen el objeto y el sujeto porque, como dice en la lección X, “la reducción o conversión del mundo a horizonte no resta lo más mínimo de realidad a aquél” (III, 616), porque el mundo ha sido reconducido a mundo vital sin por ello perder su consistencia. Con la publicación de estas lecciones cobra todo su sentido *El tema de nuestro tiempo*. Y, por fin, el último texto, “El sentido deportivo de la vitalidad”, primera conferencia de una serie de dos, de las cuales la segunda dio lugar al texto “El origen deportivo del Estado”. En la primera, inédita hasta ahora, refuta la noción darwiniana de la vida como adaptación utilitarista porque quiere hacer un hueco a la vida como exhuberancia, como juego y deporte. Así vemos una continuación de aquella contraposición que nos salía de manera tempranera entre la vida seria y la vida alegre, tema que como se ve está de siempre muy presente en Ortega.

Y para terminar volvamos a los dos textos de 1912. La verdad es que, sabiendo lo que 1912 representaba en la visión que yo al menos tenía de la evolución de Ortega y Gasset, los dos textos de ese año, la conferencia de mayo de 1912, “La “idea” de Platón”, y el ciclo de cinco conferencias a finales del mismo año, ambos en el Ateneo, nos obligan a revisar radicalmente la evaluación de ese año. En efecto, en la primera conferencia se hace un magnífico recorrido por lo que supone la invención de la filosofía y de cómo Sócrates llega a corregir a la sofística: “el hombre medida no es el hombre que siente placer y dolor, luz y sonido, sino el hombre que piensa conceptos como tales” (p. 228). Pero a partir de ahí, sin que sea fácil seguir el discurso, nos encontramos con una frase que saldrá en el “Ensayo de estética a manera de prólogo”: “lo que al crepúsculo vespertino vemos caer por el horizonte no es el sol, sino nuestra imagen del sol”, el sol real es el que está “en los libros de astronomía”. Nos viene a la memoria aquella carta a su novia en la que le decía que la tierra no era redonda en los ojos sino en la ciencia. Quiere decir esto que está plenamente en el neokantismo, que aún no se ha librado de ese continente. Para este Ortega “La idea, *idea* las cosas en objetos. Y gracias a la idea tenemos la física. La idea engendra los objetos” (p. 230), por eso es cierto que el hombre es medida de todas las cosas: “Y este papel divino de reconstruir virtualmente el mundo propone al hombre el idealismo” (p. 230).

Más aún que en esta conferencia la vinculación con el idealismo se ve en el curso de diciembre, en el que hay una extraordinaria descripción de la intimidad de la vida de conciencia como una totalidad dotada de “organicidad”, en la que cualquier punto está sobredeterminado por los demás, transustanciándose de lo que sería aislado. Pero la forma en que describe la estructura de la conciencia es la propia del neokantismo, además con la derivación perfecta de la cultura como afirmación de lo dado en esos ámbitos, el del conocer, que lleva a la ciencia; el del querer, que lleva a la moral; y el del sentir, que lleva a la estética. Ciencia, moral y arte son las tres grandes creaciones de la cultura. Pues bien, en este orden hay un desconocimiento del lugar de la valoración necesaria para el querer, y no toda valoración lleva a la estética, al arte. No sé si Ortega tomará conciencia de esa diferencia, pero la importancia que asumirán luego los valores hará que hable más veces de “pensar, sentir, querer”, que de “pensar, querer, sentir”. Aquí el sentir no es valorar sino exclusivamente sentimiento que lleva a los productos artísticos.

También podemos ver en este texto párrafos de *Meditaciones del Quijote*, por ejemplo, la relación entre ciencia y erudición; o las primeras formulaciones de la teoría del arte del “Ensayo de estética”, con lo que tenemos espléndidas páginas para estudiar la formación del pensamiento de Ortega. No tiene desperdicio la descripción y refutación del psicologismo (pp. 251-257), que

puede ser vivamente recomendada para entender la importancia de su formulación como dique frente al positivismo. La palabra “psicologismo” no aparece en este texto, a pesar de que al final de esa exposición pone las *Investigaciones lógicas* de Husserl al nivel de la *Lógica* de Hegel o de la *Crítica de la razón pura* de Kant. Precisamente el descubrimiento de lo ideal que subyace en la refutación del psicologismo le hace en su opinión adscribirse al idealismo y, en virtud de él, rechazar el vitalismo de Bergson.

Son todo esto comentarios sobre el enorme interés de esta obra que, por un lado, nos obligará, al menos a los profesionales, a acotar un buen periodo de tiempo para leerla y saborearla, pero por otro, a agradecer una vez más la impagable aportación de la Fundación José Ortega y Gasset y del equipo de editores a la difusión del pensamiento de Ortega y, con ello, a la filosofía española.